

CRÓNICA DE UNA DISPERSIÓN: ALGUNOS ENSAYOS DE 2006

Jordi Gracia

Universidad de Barcelona

Según la entretenida, temible e infantil actualidad, ha empezado a extenderse en los medios mejor informados la urgencia de una rectificación o la inminencia de una batalla: Josep Ramoneda acaba de asumir la dirección de la colección de Ensayo de Tusquets con el fin de regresar al núcleo duro de la tradición ilustrada y al pensamiento fuerte. El enemigo es el ensayo débil, banal, trivializador, demasiado golfo de maneras e incluso traidoramente atrapado en un anzuelo comercial que rebaja sus niveles de exigencia, o neutraliza la densidad conceptual en favor de formas de prosa demasiado amena o incapaz de honduras. Cuando se formulan estas cosas, no se acaba de saber contra quién se está hablando. Los libros de autoayuda son candidatos seguros, y algunos de sus fabricantes supongo que también: existen esos libros y son comerciales (en realidad, sólo lo son algunos pocos de las decenas de libros de autoayuda que se editan), y sin duda existe en el mercado de la no-ficción una gran cantidad de líneas, colecciones o series que antes no existían (entre nosotros). Hoy conviven de mala manera en los estantes y las librerías con otro tipo de libros que en ningún caso puede sentirse a gusto allí. Están juntos porque sí, porque son no-ficción, sin que compartan nada ni en la intención ni en la escritura ni en la fábrica, y seguramente lo que no comparten tampoco son lectores.

Imagino que cuando se habla de esos libros de ensayo débil no se estará pensando en la fenomenal amenidad que ha sido capaz de poner en su prosa de ideas y de polemista un personaje como Savater –que tiene libro de 2006, *Los siete pecados capitales*– u otro escritor tan dotado para la ironía y el desplante como Félix de Azúa –rendido hace años al *Esplendor y la nada*, que ha sido su título de artículos del año. Imagino que tampoco se estará pensando en la obra de gente

algo más joven que ha querido aprender a escribir con unas ínfulas retóricas poco envaradas o incluso ha querido aprender de acuerdo con una conciencia literaria que no excluye ni el buen humor, ni la vereda anecdótica o narrativa, ni la alusión autobiográfica o el uso de las novelas, los poemas o el cine como instrumentos de persuasión y demostración (todas ellas, por cierto, herramientas del mejor ensayismo europeo). Ensayistas de edades medias, en torno a la cuarentena larga, como Juan Antonio Rivera en su bien pensada *Carta abierta de Woody Allen a Platón* (Espasa-Calpe) o como José María Ridaio metido en un hermoso *Elogio de la imperfección* (Galaxia Gutemberg), o como el mejor y ya no de hoy Arcadi Espada, o como Félix Ovejero, o como Pere Saborit han utilizado esos recursos de escritura y pensamiento con plena conciencia de hacerlo y no porque hayan buscado rebajar sus niveles de exigencia sino porque han aspirado a ponerse a la altura de la alta exigencia que esperan de sus lectores. Suele entenderse al revés, y es un considerable disparate. Pensar y escribir bien, con imaginación y algún brío, sin el fárrago majestuoso y severo de la prosa académica, es una virtud mayor y laboriosamente difícil de ganar, y parece en cambio que demasiadas voces de la actualidad precipitada presumen que ese es un síntoma de la peligrosa depauperación del ensayo español contemporáneo. Me resulta imposible saber si el año pasado dio una obra maestra del ensayismo español pero desde luego sí sé que hay obras y autores, en este y en años inmediatos, capaces de reflexionar con sentido sobre el presente y el pasado y enfrentando la incertidumbre no como problema sino como condición del propio pensamiento.

Es posible que un fenómeno como la extensión de la industria de la cultura a cualquier tipo de libro y algún caso particular muy visible hayan acabado llevándose el gato al agua del diagnóstico catastrofista sin demasiada razón. El propio Savater ha sido reo desde siempre de la inculpación de banalidad (como si a él no le salvase tanto la valentía y la libertad como la literatura) y José Antonio Marina está empezando a servir para lo mismo, dada su innumerable proliferación de libros prácticos. Es un autor de ritmo fijo, capaz de sintetizar en volúmenes ágiles y heterogéneos materias más o menos filosóficas y reflexivas sobre la fe religiosa, sobre la sexualidad o sobre la bioética. Sus últimos libros carecen de la fuerza persuasiva y novedosa, del nervio intelectual que sí tuvieron a principios de los años noventa, pero sería muy precipitado un juicio denostador de sus trabajos, incluidos los recientes, basado en la naturaleza divulgativa de su ensayo o incluso en la supuesta deshonestidad de un modo de operar que ha descrito él mismo con desarmante franqueza en una "Autobiobibliografía" incluida en *Los sueños de la razón* (Anagrama, 2003). Su procedimiento ensayístico consiste en ocuparse "sobre cosas que desconozco", obligarse a estudiarlas "como un forzado" y a escribir los libros "siempre con la lengua fuera" (p. 209). No son libros que nazcan de larga maduración interior, del lento decantamiento de las ideas y los matices, pero ni hacerlo así ni la lentitud de gestación garantizan desde

luego nada bueno a la fuerza. El método tan crudamente descrito no está nada lejos del que pueda emplear buena parte del ensayo contemporáneo, aunque quizá su exposición y desarrollo material, literario, sí son distintos: lo que Juan Antonio Rivera supo contar en el libro que he citado antes usando la cinematografía clásica y no siempre clásica no está lejos de lo que ha expuesto en un libro cuyo destinatario y cuyas condiciones de lectura imponen barreras netas al lector lego o no mínimamente preparado. *Menos utopía y más libertad* (Tusquets), que apareció muy a finales de 2005, empieza con un alegato entusiasta a favor del pensamiento de Savater y engarza solventes reflexiones de filosofía política y moral que habían ido iluminadas por el cine en sus otros dos libros con Woddy Allen como aliciente de portada. El objetivo no ha cambiado; ha cambiado fundamentalmente el procedimiento retórico: el esclarecimiento de los límites y las fronteras, las ventajas y las desventajas del poder y la libertad, los modos de participación ciudadana y las turbias ventajas de sistemas presuntamente perfectos. Las encrucijadas teóricas se debaten y siguen con los sociólogos o pensadores políticos contemporáneos –desde Salvador Giner hasta John Rawls o Richard Rorty–, al paso que se discute la “quimérica, provinciana y desencaminada defensa del idioma común” (p. 214) que emprendió el Instituto Cervantes, porque en el fondo se defiende una tesis fuerte: una noción de liberalismo que asuma positivamente el cálculo y el egoísmo como criterios de juicio, en formulación de estirpe savateriana que arranca al menos de *La tarea del héroe*. Y en el mismo ámbito de la filosofía política, el ganador del Premio Nacional de Ensayo de 2006, José María González García, ha buscado también en la fricción con la iconografía o la literatura herramientas para meditar en clave más académica que ensayística en torno a la subversión implícita de la fortuna o el azar en el pensamiento político. De ahí que *La diosa Fortuna* explore las *Metamorfosis de una metáfora política* (Antonio Machado Libros) fundamentalmente en torno al Renacimiento y el Barroco y alcance todavía a la experiencia totalitaria del siglo XX y la confidencia culpable de Primo Levi o Imre Kertész en torno al favor de la suerte en el superviviente.

Y por supuesto que hay libro de Marina en el curso del año 2006, seguro que hay más de uno, y no contiene mayores dislates o banalidades de las que pueda contener al menos la mitad de la sesuda y a menudo ampulosa producción académica de filósofos y perfilósofos. *Anatomía del miedo* (Anagrama) es el título que ha puesto Marina a un ensayo sobre la valentía que arranca de la convicción de que ahí reside la semilla de la ética porque sin valentía no hay libertad, a pesar de que la valentía pueda precisamente poner en riesgo tanto la libertad misma como la estabilidad o el más elemental bienestar. Al principio explica que es uno de los asuntos que más le ha preocupado (cosa que suele decir de una u otra manera en sus demás libros, y debe de ser verdad sucesiva) y al final puntualiza que la valentía se “mueve en el campo de la inteligencia creadora, que aspira a superar nuestra naturaleza animal” (p. 191). Emerge por tanto como primera providencia de la aspira-

ción a una vida más digna, más lúcida o menos embrutecida de rutina y miopía. El lector que haya hecho su excursión formativa a los rudimentos de filosofía moral en Aristóteles y Nietzsche, en Montaigne o en Voltaire, en Spinoza, Schopenhauer o el propio Savater no va a hallar mucho de qué enamorarse en ese libro. Pero quien no haya estado en esos barrios de la cultura occidental, va a ser rotundamente feliz con el libro de Marina: sus oyentes e interlocutores han aumentado de número con los años, se han hecho fieles, hallan lo que no saben bien contado y nunca van sus libros cargados de solemnidad sino todo lo contrario. Ni predica desde monte sagrado alguno ni alecciona refunfuñando, o lo hace sólo como recurso irónico y transitorio, quizá en gran medida porque su optimismo bordea lo delirante y se sabe también ratificado por una respuesta que transmite y contagia el placer de asumir una “inteligencia triunfante”, que es expresión que le gusta al autor pese a su vaho cristiano. En cierto modo, la apuesta más básica de un ensayista muy distinto y muy brillante como el profesor de Teoría de los Procesos Irreversibles y director del Museo de la Ciencia de Barcelona Jorge Wagensberg, tiene que ver con la jovialidad del racionalista, mucho más racionalista en el caso de Wagensberg que en el de Marina. *A más cómo menos por qué* (Tusquets) descarta al creyente en favor del creedor, en una fea invención lingüística que sin embargo aspira a defender la conjetura y la incertidumbre como valor positivo y no esterilizador, fuera de toda seguridad confortable. En el libro de aforismos anterior, *Si la naturaleza es la respuesta, ¿cuál es la pregunta?* condenaba el camino del *por qué* frente al *cómo* porque antes o después se llega por el primero a la fe religiosa y a la superstición: “La historia de las creencias es la historia de las buenas respuestas” mientras que “la historia de la ciencia es la historia de las buenas preguntas”. *A más cómo menos por qué* ha sido un nuevo desarrollo en forma de aforismos de esa reflexión antigua del autor sobre la aptitud inteligente de la incertidumbre racional para comprender el mundo y no sólo conocerlo: “apuesto por los que dudan” porque la fortaleza está en el esfuerzo de encarar la duda y disiparla en lugar de dejarla para otro día o quitarla de en medio.

No sé si son libros de autoayuda, pero sí sé que ayudan a reducir las innumerables miasmas de tontería que sobrellevamos a bulto, como creencias, y cuyo esclarecimiento racional ayuda a hacer un poco más felices a las personas, que es por cierto objetivo confesado de Marina y desde luego de Fernando Savater. No es esa una actitud enemiga del ensayo pero alguna forma de desasosiego debemos de vivir cuando un autor como Víctor Gómez Pin ha de aislar el lugar del hombre *Entre lobos y autómatas* para defender *La causa del hombre* (ha sido Premio Espasa de Ensayo), como si estuviese de veras en alguna tesitura peligrosa inmerso en la cibercultura y alejado de su condición primaria y animal. Gómez Pin condena por erradas esas metáforas tan comunes y fútiles en torno a las neuronas de los ordenadores y sus presuntas aptitudes imaginativas, cuando la imprevisibilidad es un rasgo exclusivamente humano. La presunta amenaza que pesa sobre el

“humanismo” vendría a disiparla la conciencia de que el artefacto más perfeccionado seguirá careciendo de libre albedrío. El tono del libro se acelera al final, con una llamada agónica a resistir contra quienes han renunciado a combatir la máscara de la falacia y el embuste y han olvidado “la obligación esencial de estar por encima de la vida inmediata y de la salvación individual”.

Desde la perspectiva filosófica, Gómez Pin no renuncia a nada para estudiar la tensión entre máquina y animalidad y ahora cita unas palabras de Walt Disney o acude después a una película de Stanley Kubrick. Es un uso común y como tal puede hacerse bien o mal. Cuando Jordi Canal despliega la solvencia del analista trufado de narrador en su libro sobre el carlismo *Banderas blancas, boinas rojas* (Marcial Pons) o cuando Ferrán Gallego termina un minucioso y aménisimo libro sobre *Todos los hombres del Führer* (Debate) —con el que ha obtenido el Premio Internacional de Ensayo Caballero Bonald— con una larga y hermosa cita de *Todos los hombres del rey* de Warren no están rebajando en nada el valor historiográfico de sus trabajos sino al contrario. Se están anudando a sí mismos con sus materias y con las múltiples lecturas que los han hecho a ellos y al propio libro tal como es, incluso desde el título. En lugar de entenderse como concesiones populistas, su gracia está en saber sacar partido inteligente de una anécdota o una escena o en la aptitud para vincularla a un estado de conciencia colectivo en el mundo de las élites del nazismo o en las turbulencias carlistas; son regalos generosos a los lectores y gestos de civilidad culta contra la aspereza hirsuta de tanto prosista con disfraz severo incluso de Dante.

Y eso vale para los ámbitos más actuales también: a Eduardo Mendoza se han dedicado numerosos trabajos de análisis con muchas virtudes y lecturas sensatas, expertas y profesionales, pero no había todavía un ejercicio tan cabal y bienhumorado como el que ha propuesto con elegancia e información el periodista Llàtzer Moix en *Mundo Mendoza* (Serix Barral). Que haya evitado las herramientas del ensayo filológico lo mete de lleno en las aguas del ensayo literario mezclado de reportaje sin que asome en una sola página ni la banalidad ni la trivialización de marras sino el esfuerzo de hacer comprensible —con la biografía, con las lecturas, con el conocimiento y la precisión analítica— la trayectoria novelesca de un escritor popular. Y de algunos momentos cruciales de algunos grandes poetas se ha ocupado Luis García Montero en *Los dueños del vacío. La conciencia poética, entre la identidad y los vínculos* (Tusquets). Regresa como ensayista a Alberti y Lorca, Neruda y Cernuda o San Juan de la Cruz, pero lo hace con una voluntad unitaria que ata al libro y lo convierte en la exploración de una hipótesis operativa entre los mejores (aunque a veces duerman como duerme Alberti en la Unión Soviética): “la belleza poética no sólo es bálsamo, porque con impertinente regularidad se define también como conflicto, como ejercicio de conciencia en una situación de extrema dificultad”; de ahí que a veces la poesía permita detectar en los lectores “las tensiones conflictivas que surgen en su intimidad, en su

ámbito privado y en sus ilusiones públicas”. La conciencia poética opera en medio de la tensión entre una identidad ansiosa de afirmarse y quedarse ahí y una vigilancia consciente del riesgo de hacerlo, de desvincularse de lo social, lo histórico o la realidad misma (y de ahí también el subtítulo de uno de los capítulos, sobre Neruda: “Alegoría y temor del compromiso”). La vigilancia activa está detrás del valor de la poesía para que lo sea, para que no incurra en el dictado previsible y ocioso además de falso y sea de veras indagación que decide y escoge sin pereza ni rutina. Hacerse *dueño del vacío* significa dominar o regular la tensión de la identidad para que no anule el espacio en el que ha de respirar la poesía ni le impida tampoco vincularse a lo público: darle “en cada caso a la identidad lo que es de la identidad y a los vínculos lo que es de los vínculos”. Leído desde la obra lírica del poeta que es García Montero, el volumen adquiere reflejos más valiosos, como signos de explicación de su propia madurez de autor y de ciudadano que no sabe estarse callado ni pierde el optimismo aunque sea sólo melancólico.

Y si hay un asunto potencialmente ingrato, ese será el de la tipografía como artesanía e industria menor, pero Andrés Trapiello ha sabido ponerlo a bailar como si estuviesen bailando en su libro los chibaletes de las imprentas. *Imprenta moderna. Tipografía y literatura en España, 1874-2005* (Campgràfic) es una obra de exquisito cuidado en las reproducciones fotográficas de las portadas y camisas de los libros viejos y nuevos, es una lección continua de buen gusto y sólo sabe mal que sea libro caro de fabricar y no pueda llegar a más sitios y más lectores. Pero no será por falta de interés de un volumen que desactiva algunos prejuicios firmes de nuestra cultura contemporánea y se empeña en enseñar el buen gusto tipográfico y editorial, aunque eso signifique pasar por marisabidilla del oficio de tipógrafo. Él lo ha sido y lo es y la lección de un Juan Ramón Jiménez artesano y meticuloso o la delicadeza de Santiago Rusiñol convergen con su desdén del brillo como patología de la edición moderna o con el entusiasmo por grafistas y portadistas históricos como Amster o Giralt Miracle (y las reservas disimuladas por algunos de los infinitos trabajos de Daniel Gil). Trapiello es escritor prolífico sin medida y suyo es también otro libro raro, original y el más heteróclito de los posibles, *El arca de las palabras* (Fundación Lara), una suerte de diccionario escrito con el capricho o una especie de diario que pivota en las palabras que al azar descubre el diccionario y donde la agudeza y el ingenio, la buena literatura y la chispa están casi por todos los lados. Libro raro sin piedad y para lectores seguramente raros también, porque sólo puede anudarse a él quien disfrute de estirar los sentidos y los ecos de las palabras hacia la propia vida, la de Trapiello, más que en la propia, salvo que uno crea con él que “de *jamás* también se vuelve” y acepte también que “no hay nada *evidente*, y por eso existe la novela. Como tampoco hay nada *exacto*, y por ello nos es necesaria la poesía. Todo lo cual hace absolutamente imprescindible la *exageración*”. Por supuesto, conviene leerlo también a capricho.

La insatisfacción del experto está garantizada ante los dos autores: la expectativa del filólogo quedará muy lejos de cumplirse tras leer al buen periodista Llàtzer Moix metido a ensayista y crítico y a un buen escritor, Trapiello, metido a historiador de la tipografía o a saboteador de diccionario... No importa: el territorio del ensayo es la frontera y se activa con la imaginación para desplazarla y hacerla móvil, transeúnte. Pocos han jugado con esa lógica difícil en nuestra alta cultura con la solvencia y la libertad informada de Claudio Guillén: hace ya seis años entregaba impresas un puñado de conferencias tocadas por la mano autobiográfica y recapituladora, *Entre el saber y el conocer*, pero había sido siempre algo propio de Guillén el emplazamiento del punto de vista en su propia biografía, como si demostrase así, a fuerza de escritor, que la perspectiva no puede quedar en manos de una neutralidad abstracta, aérea o ajena a la persona que piensa y escribe. *De leyendas y lecciones. Siglos XIX, XX, XXI* colecciona en la editorial Crítica y en la espléndida colección Letras de Humanidad un grueso tomo de ensayos que por caso raro en Claudio Guillén tratan sólo de la cultura literaria española del siglo XX tal como ha sido vivida por el propio autor. Cede antes tres primeros capítulos sobre tres escritores centrales del XIX, Clarín, Galdós, y Pardo Bazán, pero casi parece que pueda tratarlos con la misma naturalidad con la que inserta una y otra vez la confidencia autobiográfica cuando se ocupa de la poesía y el ensayo (o el teatro, que aprecia en términos casi filiales) de Pedro Salinas, o de la poesía de Alberti y su latente conciencia de límite en la expresión ovidiana del exilio. Y es que se trata justamente de ensayos que no callan la “raíz autobiográfica” porque dejarían de ser ensayos, tanto si se ocupa de la sabiduría literaria que anima las semblanzas de Josep Pla, los *Homenots*, como si se ocupa de las novelas del portugués Helder Macedo, o de la hegemonía nueva de otro cruce de fronteras, el que ensayan tantas novelas de los últimos años entre la historia como hecho sucedido en el pasado y la ficción como espacio de la recreación libre. Son unas pocas novelas las que examina con el nombre de *plurinovelas* —o lo que José-Carlos Mainer había llamado en otro lugar novelas ‘a noticia’ rescataando una antigua usanza de Torres Naharro— y no son siempre las mejores posibles de estos últimos tiempos, pese a formar parte del mismo juego, como es el caso de *Diario de 360º* de Luis Goytisolo.

Confieso sin embargo que la alegría de la lectura es más descaradamente literaria a lo largo de las numerosas semblanzas evocativas de la cuarta parte, a medio camino de las memorias y la trayectoria intelectual, en torno a maestros desaparecidos y muy queridos. No quiere ser la construcción cabal de una cuantas biografías intelectuales como había hecho el propio Mainer en *La filología en el purgatorio*, pero es a cambio una rica galería de perspectivas sobre maestros leídos por todos, pero no escuchados ni *convividos*: desde Américo Castro y sus impulsivas cóleras hasta la memoria cálida de José F. Montesinos o José Manuel Blecua, desde la devoción confesa y antigua por el arte de escribir ideas de Josep

Ferrater Mora hasta la amarga conciencia de exilio de Vicente Llorens, a veces sin que Guillén pueda reprimir la nota aclaratoria y hasta un punto envenenada: nadie hablaba al final de la guerra de exiliados, dice una nota del tomo, en la p. 356, sino de desterrados o refugiados o emigrados: “Luego se impuso ‘exilio’. Lo de ‘transterrados’, que se dijo después, era una anodina cuasicursilería, que respondía no a la realidad sino a la presión de ciertos latinoamericanos, como también a la gratitud de los refugiados hacia la hospitalidad de esos países”.

Del exilio se ocupa uno de los dos libros que Mainer ha publicado en 2006, y es el resultado, lo dice en la primera página de *Moradores de Sansueña* (Cátedra Miguel Delibes, Universidad de Valladolid), de “un imperativo moral”. Dos años atrás, en los agradecimientos por un premio de la Fundación Max Aub, Mainer explicó más detenidamente qué tipo de emoción había detrás de esa búsqueda que arranca de sus veinte años, cuando hubo que “elegir entre unos vencedores que nos repugnaban y unos vencidos que casi no conocíamos y cuyas huellas tuvimos que buscar”. En los primeros años sesenta eso significaba contar con libreros de viejo fiables —“les debo la primera y límpida noticia de una cultura perdida”, en *El Correo de Euclides. Anuario Científico de la Fundación Max Aub*, n. 1 (2006), p. 656— y significaba también contar con la confianza de José Luis Cano desde las páginas de *Ínsula*, donde Mainer empezó a escribir de muchas cosas y entre ellas de los exiliados... que agradecían por carta al joven muchacho de entonces sus artículos de *Ínsula*, como hiciera el propio Max Aub o Francisco Ayala o Ramón J. Sender. Habrá libros que nacen y se escriben casi *con la lengua fuera*, es verdad, pero hay otros que se hacen con mucho tiempo vivido por en medio, y este es uno de ellos. Cruza dos espacios españoles simbólicos, la experiencia del exilio y sus lecturas cervantinas, o la presencia de Cervantes entre ellos como patria sustituta, como tierra segura en el destierro. El resultado es un ensayo riquísimo de información donde las minuciosas sugerencias de análisis para unos versos de Cernuda y otros de León Felipe, este libro de María Zambrano o aquellas páginas de Francisco Ayala tienden a construir de forma indirecta una meditación sobre el sentimiento de nación en el exilio en el espejo de Cervantes. Lo que acababa para muchos años en 1939 es lo que ocupa a Mainer en *Años de visperas* (Espasa-Calpe): primero esas páginas fueron los capítulos sobre cultura del tomo XL de la *Historia de España Menéndel Pidal*, en 2003, y mientras allí iban ilustradas, solemnes e incómodas, ahora vienen en un libro de bolsillo, para leer, y las precede un extenso y necesario prólogo encaminado a desactivar el efecto falsificador y demagógico de una causalidad entre la República y la guerra civil, como si hubiese sido la vida de la República la responsable de un alzamiento militar. En todo caso, el volumen es panorama y es síntesis interpretativa donde la cultura de la guerra es prolongación de la cultura durante la República, aunque sea ya con las trincheras en medio y aunque condene después al exilio a los mejores de ellos. Y no es neutral porque no hay razón alguna para serlo: con toda la cautela del caso,

Mainer no calla la conjetura de un futuro más justo y pacificador en caso de victoria republicana con la presumible semejanza de nuestra historia con la historia posbélica de Francia o Italia desde 1945 (no es nada raro y es destacable de nuevo el juego de correspondencias internacionales que suele eliminar de los trabajos de Mainer el síndrome de excepcionalidad de la historia de España, incluida la más reciente).

Alguna vez Mainer se ha declarado lector gustoso de Alberto Manguel, ciudadano canadiense nacido en Buenos Aires y cuyos libros leemos en español traducidos del inglés... Y es que es difícil sustraerse al encantamiento confidencial de *La biblioteca de noche* (Alianza), que es un hábil juego de basculaciones entre la fantasía de una biblioteca hecha casa propia y la impotencia de esa misma biblioteca dispersa en otras grandes bibliotecas, de cuya historia y de cuyos azares cuenta muchísimas cosas siempre perspicaces y, por decirlo así, felices: desde la conjetura de que quizá fuera Petrarca el primero en pensar que las bibliotecas públicas deberían ir a cargo del Estado hasta la simpatía abierta por los libros electrónicos sin temor a competencias desleales ni decadencia alguna de la galaxia Gutenberg. Y si el regusto borgiano es una marca de fábrica de Manguel, apenas nada de ello hay en un libro con sobreexceso de equipaje bibliográfico y una excelente capacidad de revisión histórica: no esta vez la nuestra, ni en torno a nuestro abyecto revisionismo neofranquista, sino en torno a uno más complicado todavía, el de la historia cultural de la Cuba de Castro. Ese ha sido el asunto de un buen libro de Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego*, subtítulo *Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*: fue premio Anagrama de Ensayo, su autor es cubano y hace años vive exiliado en México. Si en algunos de los más estremecedores testimonios sobre la Cuba reciente (y ahora estoy hablando de Eliseo Alberto y su *Informe contra mí mismo*, de 1997) el presumible rencor se refugia en la ecuanimidad casi inverosímil y en la honradez analítica, Rafael Rojas ha hecho suya una consigna semejante: explica sin el arrebato político la realidad intelectual de la Cuba del interior y del exilio, sus dramáticas carencias y las tortuosísimas trayectorias que más de cuarenta años de dictadura han ido imponiendo al escritor cubano. Dada su solvencia informativa y su renuncia a la militancia miope o esquinada, no se acaba de entender la escasez de reacciones que despertó su publicación en el ancho campo de nuestra izquierda intelectual, todavía mohína y casi siempre cabizbaja cuando se trata de hablar de Cuba.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberto de Diego, Eliseo. *Informe contra mí mismo*. Madrid: Alfaguara, 1997.
Aub, Max. *El Correo de Euclides. Anuario Científico de la Fundación Max Aub 1* (2006).
Azúa, Félix de. *Esplendor y nada*. Barcelona: Leqtor, 2006.

- Canal, Jordi. *Banderas blancas, boinas rojas*. Madrid: Marcial Pons, 2006.
- Gallego Margaleff, Fernando José. *Todos los hombres del Führer*. Barcelona: Debate, 2006.
- García Montero, Luis. *Los dueños del vacío. La conciencia poética, entre la identidad y los vínculos*. Barcelona: Tusquets, 2006.
- Gómez Pin, Víctor. *Entre lobos y autómatas*. Madrid: Espasa-Calpe, 2006.
- González García, José María. *La diosa Fortuna: Metamorfosis de una metáfora política*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2006.
- Goytisolo, Luis. *Diario de 360º*. Madrid: Seix Barral, 2000.
- Guillén, Claudio. *Entre el saber y el conocer*. Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 2001.
- . *De leyendas y lecciones. Siglos XIX, XX, XXI*. Barcelona: Crítica, 2006.
- Jover Zamora, José María (dir.). *Historia de España Menéndel Pidal*. Madrid: Espasa Calpe, 2003.
- Mainer Baqué, José Carlos. *La filología en el purgatorio*. Barcelona: Crítica, 2006.
- . *Moradores de Sansueña*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2006.
- . *Año de vísperas*. Madrid: Espasa-Calpe, 2006.
- Manguel, Alberto. *La biblioteca de noche*. Madrid: Alianza Editorial, 2006.
- Marina, José Antonio. *Los sueños de la razón*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- . *Anatomía del miedo*. Barcelona: Anagrama 2006.
- Moix, Llàtzer. *Mundo Mendoza*. Barcelona: Seix Barral, 2006.
- Ridao, José María. *Elogio de la imperfección*. Barcelona: Galaxia Gutemberg, 2006.
- Rivera, Juan Antonio. *Carta abierta de Woody Allen a Platón*. Madrid: Espasa-Calpe, 2006.
- . *Menos utopía y más libertad*. Barcelona: Tusquets, 2005.
- Rojas, Rafael. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- Savater, Fernando. *La tarea del héroe*. Barcelona: Destino, 2006.
- . *Los siete pecados capitales*. Barcelona: Debate, 2006.
- Trapiello, Andrés. *Imprenta moderna. Tipografía y literatura en España, 1874-2005*. Valencia: Campgràfic, 2006.
- . *El arca de las palabras*. Sevilla: Fundación Lara, 2006.
- Wagensberg, Jorge. *Si la naturaleza es la respuesta, ¿cuál es la pregunta?*. Barcelona: Tusquets, 2006.
- . *A más cómo menos por qué*. Barcelona: Tusquets, 2006.
- Warren. *Todos los hombres del rey*. Barcelona: Anagrama, 2006.